

RAMON SOLANES:

**“pretendemos
mostrar
el lado humano
del personaje”**



Y EL TRIBUNAL DE LA HISTORIA

Visto por J. L. MARTINEZ REDONDO

SE abre la sesión. «Que la guillotina funcione, y la República estará salvada.» Juan Pablo Marat excita demagógicamente al pueblo desde la bañera, donde, siguiendo consejos de sus médicos, encuentra consuelo a sus males. En 1792, unos baños bien reglamentados curaban muchas cosas. Carlota Corday lucha con los criados de Marat al otro lado de la estancia. Por fin,

entrará. Engañará al tirano y le apuñalará. «Francia se ha salvado», pensará esta bella asesina, que lee a los clásicos, y después caminará con paso firme, y sin el más leve temblor en las manos, hacia la guillotina. «He matado a un hombre para salvar a cien mil...» Las imágenes se diluyen. Poco a poco, se perfilan unas **SIGUE** sombras. Son los jueces de la His-

EN la programación de muchos países existe un espacio parecido a "El tribunal de la Historia", aunque con una duración de hora y media a dos horas. La mayor dificultad reside en explicar en los veinticinco minutos que ocupa aquí en España el hecho histórico elegido, con todas las complejidades de lugar, clima y circunstancias que le rodearon en su momento.

Como es lógico, el retrato del personaje sometido a juicio sólo puede darse en un rápido boceto. La biografía exhaustiva no interesaría, seleccionando de su vida un hecho importante, pero aislado.

Lo que se pretende es el lado humano; aclarar en lo posible la pregunta: "¿Por qué lo hizo?". La Historia que conocemos en el Bachillerato es demasiado escueta. Explica los hechos, pero apenas nos cuenta alguna de las facetas del carácter de los protagonistas.

Por ejemplo, en "El Tribunal de la Historia" hemos presentado a Nobel, Poncio Pilatos y Stefan Zweig. En cada uno buscamos destacar sus problemas personales, su angustia en relación al hecho que les hizo entrar en la Historia, ver al hombre en aquellos momentos que fueron cruciales para él.

Que muchas veces lo hemos logrado, son prueba las cartas que recibimos, tomando partido en pro o en contra de la sentencia que ha dictado el Tribunal. Curiosamente, uno de los personajes más defendidos por el público fue Pilatos, y sin duda se debió a que logramos presentarle como un hombre desorientado, atormentado por la duda, despojándole del fría ropaja de gobernador romano, indiferente al drama de Jesús, con que se lo representa de continuo.

La idea de que Televisión es un espectáculo no es cierta. TV es todo lo contrario. Su condición básica de intimismo rechaza ese concepto multitudinario. Cuando un programa sale al aire, se ha creado pensando en un solo espectador, al que contamos algo casi "en voz baja", en la intimidad de su casa. Las retransmisiones de toros o fútbol nunca serán auténticos programas.

Solo eso: retransmisiones, cuyo valor reside en la instantaneidad. Por ello, cuando la historia que le contamos a ese espectador ideal no le interesa en su aspecto humano, no llega a comunicarle ninguna emoción, comprendemos que nos hemos equivocado. De una manera general, cuando la crítica o el público rechaza una emisión, la causa es siempre la misma: el contenido carece de vida, el personaje ha quedado sin contorno vital. Puede que el espacio contenga ciertos de guión, interpretación o de realización; pero si falta el calor humano, no gusta, aunque se admire la habilidad de los que han intervenido."



Ramón Solanes

- Nació en Barcelona en 1926.
- Es periodista e hizo los estudios de Comercio. Ha sido profesor de la Escuela Oficial de Periodismo.
- Ha dirigido y realizado en la TVE de Barcelona los espacios «X-O da dinero», «Club Miramar», «Adivine su vida», «Club del martes», «Estilo», «El tribunal de la Historia», con guiones de Julio Vier, Jorge María Carbonell, Luis Coquard y otros; varios «teletros» de treinta minutos y los Festivales de la Canción Mediterránea.
- Ha estudiado Televisión en París, Roma y Helsinki.
- Además de realizador, es jefe de emisiones de la TVE en Barcelona.

Y EL TRIBUNAL DE LA HISTORIA

toria. El Tribunal de la Historia se ha constituido. ¿Qué papel tiene el fiscal en este juicio singular celebrado ciento setenta años después?; el fiscal acusa, pero comprende. ¿Y el defensor?; comprende, pero no se entrega absolutamente a la defensa. Entonces, aparece en escena un perito en esa compleja ciencia de la Historia. Es un catedrático de Universidad. No se pronuncia en sentido alguno. Ni acusa ni defiende. Expone los hechos, Carlota Corday, que leía a los clásicos, la bella asesina del torvo Marat, ha pasado ante nosotros con su razón y con su sinrazón. Ciento setenta y dos años después. «Se levanta la sesión hasta dentro de quince días.»

Estoy en Barcelona, en los estudios de Miramar, viendo cómo se graba en «vídeo» el programa que cuarenta y ocho horas después habremos visto todos en nuestra sala de estar, en el comedor o en la terraza. A unos metros tan solo, si salgo del plató y cruzo la explanada que hay frente al edificio de la TVE, tendré el Mediterráneo a mis pies, la ciudad entera, el puerto, la brisa, el oxígeno que me falta entre las cuatro paredes donde unos actores trabajan para «El Tribunal de la Historia». Pero no. Lo que tenemos encima los actores, los técnicos, los obreros y yo son unos soles eléctricos, que nos achicharran a razón de cincuenta grados, poco más o menos. Los actores y las actrices... Pobrecitos. Consuelo Vives —Carlota Corday—, Miguel Viader —Marat—, César Ojinaga —el comisario Gallard—, Antonio Canal —Petion— y los demás, están en el estudio desde las dos de la tarde. Son las diez cuando terminan de grabar. En esas ocho horas se han maquillado, se han vestido, han ensayado sin cámaras y con ellas, se han derrumbado por los rincones con una Coca-Cola en las manos y después han sentido el furor sangriento de la Revolución —«Si la guillotina funciona...»— como si no hubiera pasado nada. Pobrecitos. La guillotina fue una sonrisa comparada con ese horno eléctrico avivado por los ardores de julio.

Una pausa al anochechar, poco antes de que el juicio a Carlota pase definitivamente al «videotape». Con Ramón Solanes en su despacho, de cara al puerto, gozando de una bendición de brisa, que se cuele por los ventanales. Solanes es



Una bella asesina que lee a los clásicos



Marat: «Que la guillotina funcione...»

un realizador sobrio y seguro. Se ve por las imágenes que dirige y lo dicen también los que trabajan con él. Es un realizador a la medida de ese «Tribunal» que vemos, quincenalmente, los lunes por la noche. A la medida, porque un espacio así necesita pulso firme. «La historia leída solo interesa al investigador. Cuando la hacemos vivir con personajes de carne y hueso, llega a las personas que menos conocimientos tienen de los hechos históricos.» Por «El Tribunal» han desfilado muchas figuras del pasado, pero... ¿Por qué no juzgar a otras más cercanas? Solanes me mira, como viéndome venir. No es una acusación, sin embargo. Es una pregunta. No sería posible poner ante el tribunal a personajes más próximos en el tiempo a nosotros. Por ejemplo, los de la última guerra: viven las familias de muchos, sus seguidores, los hombres que compartieron con ellos los momentos más duros de la contienda. Pensándolo bien, este «Tribunal de la Historia» acabaría en los tribunales, si entrara en ese pasado que nos está doliendo todavía como si lleváramos un clavo en el zapato.

Salgo de Miramar. Allí se quedan, achicharrándose, porque el sol de los focos quema que es una barbaridad. El tribunal dará su fallo simbólico. Habrá «suspense». Seguirá habiéndolo cada quince días. Me vuelvo para echar una ojeada al edificio desde la explanada y veo a Marat, que atraviesa el vestíbulo de la TVE con una botella de cerveza en la mano.



La Historia se da la manijillas

(Este Ramón Solanes)